

Antoni Castel y José Carlos Sendín (eds.)

# Imaginar África

LOS ESTEREOTIPOS OCCIDENTALES SOBRE ÁFRICA  
Y LOS AFRICANOS





DISEÑO DE COLECCIÓN: ESTUDIO PÉREZ-ENCISO  
DISEÑO DE CUBIERTA: JACOBO PÉREZ-ENCISO

© JEAN-BOSCO BOTSHO, ANTONI CASTEL, JOSEP M. CATALÁ, GERARDO GONZÁLEZ CALVO, FERRAN INIESTA, LOLA LÓPEZ, DONATO NDONGO-BIDYOGO, GUSTAU NERÍN, JOSÉ CARLOS SENDÍN, 2009

© CASA ÁFRICA, 2009

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2009  
FUENCARRAL, 70  
28004 MADRID  
TEL. 91 532 05 04  
FAX 91 532 43 34  
WWW.CATARATA.ORG

IMAGINAR ÁFRICA.  
LOS ESTEREOTIPOS OCCIDENTALES SOBRE ÁFRICA Y LOS AFRICANOS

ISBN: 978-84-8319-467-6  
DEPÓSITO LEGAL: M-46.452-2009

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

## EL ESTIGMA DE CAM. EL NEGRO EN EL PENSAMIENTO OCCIDENTAL

FERRAN INIESTA

Más que un pensamiento elaborado, ayer y hoy, lo que el occidental tiene en su mente es una imagen del negro. Puede ser idílica, de buen salvaje, o traumática, de pobre inmigrante que huye de guerras y hambrunas. Pocas veces —fuese en la Europa antigua, en la medieval o en la moderna— el negro ha sido “pensado” detenidamente y, cuando se ha hecho, el resultado no ha sido muy halagador para el africano o el negro en general. En la práctica, hablaremos del negro en el imaginario de Occidente, del modo en que, a lo largo del tiempo, ha ido evolucionando esa imagen que vale más que cualquier laborioso discurso de humanistas bienintencionados.

Hace apenas cien años, el negro era un esclavo entre civilizados y un bárbaro incapaz de progreso en su propio continente. Hoy, con la esclavitud abolida y denostada, y con una cincuentena de Estados negroafricanos —sin olvidar el afroamericano Haití—, la idea de esclavitud sólo queda en el subconsciente y la del bárbaro se mantiene a través de todo tipo de crisis políticas en África. Pero, por encima de todo, el negro es hoy un desvalido, un fugitivo que busca ayuda económica y protección política en Europa o en América del Norte, en lo que llamamos extensivamente Occidente. Así, el africano es un *homo economicus* y —en consecuencia— un *homo apoliticus*, porque parece carecer de arquitectura política en su tierra y es simplemente alguien que precisa cubrir las más elementales

necesidades de alimento y alojamiento. Si el esclavo y el bárbaro no eran sujetos pensantes, nuestros negros son percibidos en Europa como sujetos hambrientos y, por lo tanto, poco o nada pensantes. Su imagen sigue siendo poco exultante.

Y está la excepción que confirma la regla, fuese en deporte Magic Johnson ayer o Ussain Bolt hoy, o la no profetizada ascensión vertiginosa de un afrodescendiente como Obama, primer presidente negro no sólo de Estados Unidos, sino de todas las democracias occidentales. Podemos pensar ya en éxitos individuales negros, de Mandela a Louis Armstrong, pero seguimos incapacitados para pensar en las sociedades africanas como entidades con riqueza cultural propia, y cuando alguien hace un esfuerzo en esa dirección nos aparece la imagen del primitivo buen salvaje, del poblado "intacto" o del rito "milenario" que el progreso amenaza con engullir. No, realmente, el negro no ha sido ni es pensado por Europa-Occidente, el negro sigue percibido de modo impresionista como sumiso o salvaje, como indigente o déspota, pero nunca como ser complejo de una cultura de largo trayecto histórico. Hegel sigue campeando en nuestra incapacidad para acercarnos al otro —el negro sobre todo— y escudriñar en él toda su riqueza psicológica, social, política y —¿por qué no?— física.

Se producen cada día mayores emparejamientos entre gentes de diversa ascendencia y el mestizaje que algunos cantaron como ideal es hoy un hecho cotidiano en las calles de las ciudades del mundo, pero rara vez hay un conocimiento y aun menos una aceptación de la cultura del otro: por eso naufragan las parejas mixtas de africano y occidental cuando se instalan en sociedades africanas. El ya desaparecido Michael Jackson sufrió lo indecible en su piel y en su mente tratando de escapar del estigma del negro: su piel logró blanquearse pero, para su tragedia, el público le siguió apreciando por su música y, ante todo, porque "bailaba como un negro", una expresión que ya usó en 1497 el cronista de Vasco de Gama, Alvaro Velho, al ver bailar a los hotentotes de False Bay. Curiosamente, un liberto africano en la Roma clásica, Publius Terentius Afer, era insultado groseramente por el público por su negritud física, pese a ser mucho más fino dramaturgo que el muy romano y aplaudido Plauto; Terencio se esforzó en romanizar su alma, pero su origen

negro ya fue para él motivo de fracaso, pese a que en aquella época el racismo carecía del veneno actual. Vayamos, pues, hacia el pasado, hasta la raíz más antigua de nuestra imagen del negro.

### 'LA EMOCIÓN ES NEGRA, / LA RAZÓN ES HELENA'

Así empezaba una de las estrofas de aquel magnífico poeta lírico que fue Senghor, presidente de Senegal entre 1960 y 1980. No habría que olvidar que Leopold Sedar Senghor era católico y miembro de la Academia Francesa de la Lengua, pese a provenir de una región mayoritariamente musulmana o animista y que sigue usando las lenguas africanas en la vida diaria. No obstante, la derrota sufrida por los sistemas políticos africanos a finales del siglo XIX, ante el ataque colonial europeo, fue contundente, tanto en lo tecnológico como en lo ideológico. Así, no debe extrañar que los Senghor, Nkrumah, Nyerere, pero también Mandela, se adhiriesen fervorosamente al modelo occidental moderno y sus teorías de progreso e igualdad, sin importarles demasiado que eso nada tuviera que ver con los procesos históricos de sus pueblos. Cuando el nigeriano Wole Soyinka escribe en inglés, Europa le da el Nobel de Literatura, pero si el keniano Ngũgĩ Wa Thiong'o lo hace en kikuyu o en kiswahili, entonces no existe para la intelectualidad occidental. En realidad, hay que tener sentido de la hospitalidad con políticos y literatos africanos del pasado siglo XX, porque aunque han aprendido muy poco de sus gentes, han hecho un honesto esfuerzo de aculturación para blanquear sus mentes, sus políticas y su arte: es lógico que el Occidente moderno les dé asilo político y les alabe intelectualmente, porque puede que muchos hayan sido tan blancos de alma como el patético Michael Jackson.

Sin embargo, no todo fue negativo en los occidentalizados africanos, ya que tuvieron intuiciones y algunas de sus realizaciones exhalan un sorprendente perfume negro. El Senghor político fue un escudero de Occidente pero, al escribir poemas como "Mujer Negra" ("mi cálido rumor de África"), evidenció una fuerza y un ritmo tan genuinamente africanos que André Breton creyó que eran fruto de una depurada técnica surrealista. No, ni el antillano Aimé Césaire, ni el senegalés Senghor sabían nada del surrealismo

europeo, plasmaban en imágenes orales aquello que percibían en comunión sensorial con el entorno natural. Por eso, entre un poema de Breton y otro de Senghor, entre una máscara cubista de Braque o Picasso y una máscara senufo no hay parentesco, sino un parecido superficial con disidencia del genio artístico. Algo parecido ocurrió con Césaire, con sus desgarradores versos del *Cuaderno de retorno al país natal*, de una fuerza plástica insólita, en el que señala a los negros encadenados sobre los buques recibiendo en sus rostros el granizo y el sol abrasador de la diáspora, "aquellos que no han explorado ni los mares ni el cielo", pero siempre en pie y siempre con el rostro hacia adelante ("débout, débout la négraille!"). El movimiento de la negritud, con su *Antología Poética* prologada por Sartre, y con su revista parisina *L'Étudiant Noir*, dio una faceta desconocida por Europa hasta entonces: la inteligencia africana escribía con estilo propio, pese al corsé de las lenguas europeas.

En los años que precedieron a la independencia, París y Londres vivieron la efervescencia de la pequeña elite de africanos occidentalizados, discípulos avanzados en universidades de rancio prestigio medieval. Unos, como el ghanés Nkrumah o el antillano Padmore, reclamaron una independencia inmediata ("self-government now!"), otros desarrollaban una pujante literatura o investigaban la historia para averiguar dónde falló África, por qué se hundieron los grandes imperios clásicos o dónde estaban las más antiguas raíces de la civilización negra. Así apareció *Naciones negras y cultura*, del físico senegalés Cheikh Anta Diop, reivindicando la negritud del Egipto faraónico, su sabiduría política y su grandeza artística, pero Diop y sus seguidores (tengo el honor de haber sido su discípulo) fueron silenciados por el poder académico francés, con una eficacia muy superior a la de la Inquisición eclesial de otrora. Pero, si el público universitario occidental apenas ha leído a Soyinka o Senghor, ¿qué puede saber de esa intelectualidad africana insurrecta?

Si el *stablishment* champollioniano y antropológico francés ha logrado poner sordina a las voces de historiadores y egiptólogos negros, no se debe tanto a su prestigio, sino al acuerdo tácito moderno, en Occidente, de que los pueblos de África "no inventaron ni el vapor, ni la máquina de escribir", por usar términos dramáticos de Césaire. No se lee historia africana porque se presupone

que no hay historia de ningún tipo antes de la ocupación colonial. Y mucho menos se leerán obras que hablen de la africanidad cultural —e incluso pigmentaria— de los antiguos egipcios, porque el público moderno sigue pensando que si los egipcios eran negros no podían ser civilizados y puesto que el faraonato era civilizado entonces de ningún modo podía ser negro. Inútil que antropólogos ingleses, egiptólogos africanos e historiadores norteamericanos hayan evidenciado la africanidad de Kémit, el antiguo Egipto, porque nadie abandonará sus bien instalados prejuicios sobre las incapacidades congénitas del negro, una imagen irracional que se ha elaborado a lo largo de casi tres mil años, en el viejo mundo mediterráneo, como veremos hacia el final de este breve escrito.

A finales del siglo XIX, una columna militar francesa dirigida por los oficiales de academia Boulet y Chanoine cruzó todo el Sahel desde el Atlántico hasta el Chad, desobedeciendo órdenes y en una marcha enfebrecida en pos de la riqueza y la gloria, arrasaron con todas las poblaciones que hallaron en su marcha. Su paso, descrito por sus perseguidores "leales" a Francia, podía seguirse por el rastro de incendios, poblados desiertos, gentes ahorcadas y huellas crecientes de rebaños y prisioneros esclavizados. Cuando fueron alcanzados y eliminados, los informadores leales a París describieron a gente enloquecida, ávida de grandezas —querían proclamarse "reyes de África"— y con centenares de esclavos al servicio de sus soldados. ¿Locura de dos militares coloniales? Si hemos de aceptar el análisis que pocos años después publicó el capitán-médico de la Marina francesa, Paul Vigné d'Octon (*La gloire du sabre*), aquella brutalidad formaba parte de un ataque colonial que consideraba a los africanos una infrahumanidad. Por eso, en 1920, el teórico colonial belga Siegers defendía las bondades de la ocupación de África, porque incluso si se aceptara la pobreza de recursos materiales del continente, al menos los jóvenes europeos tendrían un espacio sin controles en los que "desahogar sus energías juveniles". Matar a un negro era menos grave, ya que incluso su humanidad podía ponerse en duda.

Sin embargo, en el siglo XV, Europa no veía así a los africanos. Cuando en 1460, Gomes Eanes de Zurara, el cronista de Dom Henrique el Navegante, escribe su *Crónica de Guiné*, comenta, en un pasaje en el que describe la lastimosidad de separaciones de madres e hijos

negros en su venta en el mercado de esclavos de Lagos, que aquella visión era dolorosa porque aquellas gentes perdían la libertad de sus cuerpos, pero al menos les quedaba el consuelo de que mediante el bautizo salvaban sus almas. Ciertamente el hecho de ser negros daba ciertos derechos bíblicos a los occidentales para esclavizarlos, pero Zurara les veía todavía como humanos y, por ello, redimibles. No obstante, en un par de siglos, las cosas cambiarían bastante, pues la esclavitud negra se había convertido ya en una de las bases del sistema expansivo de Occidente: en 1713, el obispo anglicano y filósofo en Oxford, George Berkeley, podía considerar aceptable la esclavización de los africanos, simplemente porque carecían de alma: para quien piense, ingenuamente, que Berkeley era un mal cristiano, le invitamos a leerlo atentamente, porque era un convencido teísta y sus análisis sobre la omnisciencia de Dios siguen siendo un hito en el pensamiento de aquel tumultuoso siglo XVIII. En poco más de 200 años, la Europa cristiana había pasado de ver al negro como un humano exótico, al que convenía bautizar, a alguien esclavizable sin remordimientos por su evidente animalidad y carencia de alma. Zurara había hablado de cuerpos que perdían la libertad, aunque no necesariamente su alma si se cristianizaban, pero Berkeley ya no consideraba ni siquiera en el negro un intelecto humano, entrando incluso en contradicción con un Antiguo Testamento en el que Noé maldijo a Canaán, pero ni les negó humanidad a los descendientes de Cam ni ello impidió que el principal constructor legendario —Nemrod— fuese “poderoso ante Dios”.

El problema de la esclavitud a gran escala en América, del hacinamiento de hombres y mujeres en factorías y buques, del régimen de terror en las plantaciones por el pánico de los amos blancos a los levantamientos, todo ello fue modificando el pensamiento occidental en esos siglos que llevan la esclavitud a su paroxismo. Ya no se trataba de individuos de procedencias diversas, en usos domésticos en los que tenían una personalidad individualizada como en épocas medievales de África o Europa, sino de una masa esclava indiferenciada y en régimen de explotación ilimitada, como si se tratase de animales de carga. Progresivamente, de Zurara a Berkeley, el negro pierde humanidad y, por lo tanto, se animaliza a los ojos distantes de la sociedad de los amos europeos y americanos.

En 1712, casi en simultaneidad con el obispo anglicano empirista, Daniel Defoe escribía su *Robinson Crusoe*, en base a sus experiencias y naufragios personales: los negros son meramente caníbales, su comportamiento es el de fieras irracionales y, si finalmente Viernes es salvado de esa vida monstruosa se debe a la generosidad de un amo blanco... honestamente dedicado al comercio de esclavos; no debe olvidarse que "Viernes" indica que es un individuo que no merece nombre humano, y que el propio Robinson le enseña "a hablar", ya que se sobreentiende que antes no hacía más que balbuceos inconexos.

Frente a Berkeley y Defoe, el mejor sector ilustrado del siglo XVIII, en Inglaterra y Francia, empeñará sus esfuerzos en humanizar a los negros para ponerlos en condiciones de asumir la libertad: Swift, Voltaire y Grégoire estuvieron en esa orientación de benefactores de la negritud esclavizada, no sin ciertas contradicciones agudas como el hecho de que el filósofo francés tuviera acciones en una compañía mercantil negrera, por aquello de que de algo hay que vivir. No obstante, el daño estaba ya hecho por centenares de años de deshumanización de los africanos, endurecidos en África por las guerras de captura, y cortados en América de cualquier vida cultural coherente. Pese a la independencia de Haití en 1794, al triunfo de Wilberforce en 1807 logrando que el Parlamento británico prohibiese el tráfico "infamante" de esclavos, a la activa campaña del liberto nigeriano Augustus Vassa junto a los abolicionistas ingleses o a la definitiva prohibición francesa de la trata esclavista en 1848, en el imaginario popular americano y europeo el negro seguía siendo periférico a la humanidad. Por ello, no extrañó demasiado que un orientalista y excelente etnógrafo francés, el conde Joseph-Arthur de Gobineau, publicase en 1853-1855 su *Tratado sobre la desigualdad de las razas humanas*, en el que, después de describir los rasgos anatómicos y psicológicos de cada grupo, establecía una jerarquía de razas para el buen gobierno del mundo.

Cuando Senghor trató de definir aquello que diferencia culturalmente al negro del blanco, resumiéndolo en el verso ya citado sobre la emotividad del negro frente a la racionalidad de los descendientes de la Grecia clásica, estaba, sin saberlo, retomando posiciones de Gobineau, tal y como le reprocharían Sékou Touré

y otros independentistas africanos de los años cincuenta y sesenta. Si nos tomamos la molestia de releer al conde de Gobineau, veremos que la negación de racionalidad al negro es algo establecido en Occidente después de siglos de esclavización de africanos: "Así, el negro posee, en el más elevado grado, la facultad sensual, sin la cual no hay arte posible; y, por otro lado, la ausencia de aptitudes intelectuales le hace completamente inadecuado para la cultura artística [...] Para hacer viables sus facultades es necesario que se una con una raza dotada de otra manera [...] El genio artístico, igualmente extranjero en los tres grandes tipos —blanco, amarillo, negro— sólo ha surgido después del himeneo de los blancos con los negros". Pero este análisis no sería exclusivo de un racismo jerarquizador, sino que alcanzaría de modo indirecto a pensadores abiertamente antirracistas como Nietzsche ("Hay dos pueblos particularmente estúpidos, el judío y el alemán, porque ambos comparten la idea de nación escogida") en una obra fascinante como *El origen de la tragedia*, en la que al sugerir que el genio griego fue resultado de la fusión entre racionalidad griega y sensibilidad asiática obtuvo como resultado que le rechazasen en todas las universidades alemanas de la época.

¿Por qué citar a Gobineau o a Nietzsche junto al lírico Senghor? Porque de un modo u otro, involuntariamente, todos compartieron la idea, salida del esclavismo negro en América, de que el negro es simple pulsión instintiva, genial, pero en el fondo de índole animal. Frente a eso reaccionaron Nkrumah, con sus propuestas de una África unida, o Cheikh Anta Diop, con su relectura del pasado africano, empezando ya en épocas faraónicas. El resultado ha sido incómodo para los intelectuales negros del siglo XX y actual, ya que aceptar una particular "emotividad" o "sensualidad" negra puede acercar injustamente a Senghor o Nietzsche al racista Gobineau, pero no correr ese riesgo puede abocar a una visión abstracta e irreal de las sociedades históricas de África que podrían terminar pareciéndose a la de japoneses o suecos. Esta herencia esclavista, traducida en ideología racista y animalizadora del negro, es uno de los peores lastres para la reconstrucción de las sociedades actuales del África negra pero también para una relación saludable e igualitaria entre pueblos meridionales y del Norte.

Otra secuela temible de esos siglos de guerras de captura, de caravanas de esclavos, de gentes almacenadas como rebaños en factorías y naves, de plantaciones en las que el promedio de vida del esclavo no superaba los tres años, ha sido el desorden generado en la propia África. Unos pueblos se pusieron a la defensiva, otros se militarizaron hasta niveles de crueldad infrecuentes, y todos salieron perdiendo al devaluarse la vida humana en muchas regiones del maltratado continente. Habría que recordar la anécdota angoleña del capuchino Cavazzi de Montecuccolo, hacia 1695 (*Descrizione dei tre regni de Congo, Matamba e Angola*), cuando explica el llanto y desolación de un anciano que pedía confesión: se hallaba solo, triste y requería perdón, porque él mismo forjó su soledad vendiendo a esposas, hijos y sobrinos. Y el propio Cavazzi, que vivió 20 años en la zona ecuatorial, explica que los especialistas en magia y brujería eran de 32 tipos diferentes (*nganga* y *mpondoro*), porque todo era amenaza en el África de aquella época. Ya en 1900, Charles Monteil, un administrador colonial del Sudán Occidental (Mali) describió también pormenorizadamente los temores a espíritus malignos y agresiones potenciales que inducían a los pueblos de la región a llenar su cuerpo de pociones y de amuletos, porque el universo africano salido de las guerras esclavistas se había cargado de sombras y temores. Y podemos probar, documentación en mano, que la realidad africana del siglo XI o la del siglo XVI no estaba preñada de horrores y amenazas.

Y poco a poco, desde los años setenta, empezó a llegar el turismo europeo a una África recién independizada, repleta de esperanzas pero también de prejuicios occidentales. Mucho antes de la gran explosión del llamado "turismo sexual" en la última década del segundo milenio, grupos de ancianos y ancianas jubilados, procedentes de Escandinavia, ya mostraban en el África del Oeste el camino de la animalización: bailando y copulando con jóvenes de la zona, en hoteles apartados de las ciudades, establecían relaciones en las que la dimensión de la "emoción negra" de Gobineau o Senghor adquiriría su peor contenido. Luego, Occidente ha demostrado que la animalización va más allá de las "razas inferiores" —amarilla y negra—, ya que la propia práctica de europeos y americanos parece no apreciar nada que no sea cárnicamente capturable. Tal vez nadie

haya escapado indemne de la esclavitud negra, ni amos ni siervos, y cueste mucho restañar las profundas heridas que entonces se abrieron en todo el planeta. En algún punto recóndito de hombres y mujeres demócratas y humanistas, el negro sigue manteniendo un curioso rasgo de animalidad que no sale de los maestros coránicos de Tombuctú en el siglo XIV ni de la corte real de Kongo en el siglo XV: el origen de ese aspecto de bestialidad brota directamente de los buques negreros y pasó de los despachos capitalistas a las obras de los pensadores ilustrados y posteriores. Puede que la emoción sea negra, como cantó Senghor, pero la racionalidad está en cualquier cultura del mundo, aunque alguna hegemonía enloquecida haya querido negarla a sus adversarios.

### EL ÁFRICA ÁUREA DEL 'MORO MUZA'

En 1346, Francesco Petrarca escribía un pequeño tratado sobre los beneficios de la contemplación religiosa, *De Vita Solitaria*, que pronto se traduciría a otras lenguas europeas. En él, situaba el paraíso terrenal en una plácida África Oriental, surcada por grandes ríos cristalinos, en los que las mujeres, al bañarse, quedaban embarazadas: ni varones ni guerras. En esos momentos las informaciones portuguesas sobre el Índico eran inexistentes aún y la cartografía catalana apenas decía de esas costas lejanas que estaban pobladas por gentes de poderosa magia y capaces de grandes encantamientos. Como siempre, nada hay mejor que lo poco conocido para ubicar nuestros mejores sueños de perfección. El África de los cartógrafos de Mallorca era política, como veremos, pero la de Petrarca era idílica y armoniosa. Para los europeos de finales del Medievo en general, África podía ser un lugar extraño de riquezas insospechadas, de pueblos de rasgos sorprendentes en lo físico o en lo cultural, e incluso de sistemas políticos bien organizados y capaces de exportar oro, pero lo que no era ciertamente en el siglo XV era un lugar de guerras y horrores sociales. Por ese motivo, Zurara hablaba de los escasos africanos capturados como de gentes infortunadas casi de modo accidental, y perfectamente dignos de bautismo.

En realidad, los tiempos medievales dieron a musulmanes y europeos una percepción casi áurea de África. Y, aunque los mercaderes y navegantes islámicos tenían un conocimiento más exacto y directo que el de sus coetáneos europeos, consideraron como ellos que aquel continente ignoto era sede de riquezas cuantiosas. La fantasía y la realidad formaron pronto un entramado complejo. Un proverbio indio del siglo X señalaba ya que "La sarna del camello la cura el alquitrán, las ansias del pobre se curan en el País de los Zanj (África Oriental)". Si Petrarca situaba en esas lejanas playas su paraíso, los cartógrafos Cresques a sus magos y encantadores, y los indios a las riquezas de toda índole, otros autores abrahámicos escribieron también sobre la rareza del continente y sus recursos asombrosos. Mas'ûdi, que vivió un par de años en esa costa de los zanj hacia 950, tituló su obra *Campos de oro y minas de esmeraldas*, y describió el sistema de los buscadores de polvo de oro en las dunas del sudanés Wadi Allaqui, al sur de Egipto. Idrîsi, en 1150, describió los puertos del País de Sofala, en el canal de Mozambique, como enclaves de fuerte actividad de la minería de oro en las regiones interiores, y llamó a su obra *El libro del hombre ávido por conocer nuevos horizontes* y, por supuesto, buena parte de esos horizontes novedosos eran subsaharianos, y en nada reflejaban anarquía, crueldad o pobreza.

En paralelo a los autores musulmanes, y sin un conocimiento directo del África negra, los escolásticos aludieron a África reiteradamente como espacio de realidades insólitas, recogiendo a veces descripciones grecorromanas (y no siempre las más razonables), en un maridaje difícil entre los intentos de rigor científico y las exigencias populares de cuentos maravillosos. Un buen ejemplo de esa literatura es la de Bartolomé el Inglés (Medeiros) cuando afirma lo siguiente del continente vecino: "Etiopía (África negra) está llena de animales salvajes y de serpientes. Asimismo, viven en ella el animal feroz llamado camaleón, el basilisco y los grandes dragones. Y del cerebro de estos dragones se extraen piedras preciosas que en él se hallan en cantidades considerables: el rubí, el crissopracio, el topacio y otras gemas; también se cosecha allí el cinamón".

Esa fascinación por las gemas, compartida por islámicos y cristianos, se veía a veces estimulada por bestias salvajes con funciones

disuasorias, como las hormigas gigantes que custodiaban el oro en grandes nidos, pero sin que ello impidiese que un autor como Jean de Mandeville hablase en sus *Viajes de las piedras semipreciosas de Madagascar*, mucho antes de que los portugueses supieran de la existencia de la Isla Roja. De hecho, había efervescencia en Europa por conocer nuevos mundos, nuevas riquezas, y romper con el estrecho provincianismo medieval, y el África negra era un lugar de predilección, de tal modo que obras como la de Mandeville circularon por el espacio tardomedieval o la de un franciscano anónimo, castellano, que en su popular *Libro del Conoscimiento de los reynos, tierras e señoríos que son en el mundo* (1360) describía tierras norteañas de Europa, regiones asiáticas y áreas de la costa occidental africana, en la que situaba el Río del Oro del que hablaron los cartógrafos judíos de Mallorca: "E guinoa quyere tanto dezir como siete montes porque en guinoa son siete montes muy poblados e tierra muy abonada en quanto duran los montes, lo otro es toda zahara desabitada e los dos montes que dichos son llegan al rio del oro de que ya conte de suso e alli cogen los dientes del os marfiles que crian Ribera del rio e las formigas son grandes como gatos e sacan mucha tierra".

En el siglo XV todavía la *Imago Mundi* del cardenal D'Ailly seguía la vieja tónica escolástica de hablar de habitantes negros y deformes, abrasados por la torridez solar, pero ya en el siglo anterior cartógrafos y autores de libros de viajes situaban no sólo riquezas sino también algún que otro país concreto, político y de perfiles más definidos, que en 1330 —Dulcert— y de nuevo hacia 1450 —cartógrafo anónimo— ubicaban al Preste Juan ya en Abisinia y no en una imprecisa región asiática: "En esta provincia se halla el gran Señor (emperador) Preste Johan, señor de los Indies, los cuales son negros". Paulatinamente, precediendo la expansión europea por las costas africanas, los autores cristianos van estableciendo un mapa político de África, que empezó tempranamente a inicios del siglo XIV con el señalamiento del imperio sudanés occidental de Malí. Apenas cinco años después de la fastuosa peregrinación del Mansa o emperador de Malí, Kanku Muza, en 1325, el mapa del mallorquín Dulcert situaba al "señor del oro" al sur del Sáhara.

Más información darán, hacia 1375, los cartógrafos Abraham y Jafudà Cresques (padre e hijo), que sitúan buen número de ciudades

caravaneras saharianas, y dibujan las ciudades de Tenbuch (Tombuctú) y Ciutat Melly (Niani), al lado y a los pies de un monarca negro, barbudo, entronizado, coronado a la europea y con un cetro en una mano y una enorme bola de oro en la otra, en una representación colorida que recuerda a la Vírgenes negras medievales. Lo destacable de esta cartografía es su precisión política y su tratamiento respetuoso e igualitario de los poderes reseñados y dibujados en los mapamundis de la época: las ciudades tienen torreones en los que ondean banderas del poder político al que pertenecen, las dependencias están bien señaladas, como en el caso de los tuareg a camello, de quienes dicen explícitamente que son vasallos de Malí, y todo en esa África que alcanza casi el golfo de Guinea es nítido y bien definido en términos políticos. Por esa razón, frente a las costas del Río del Oro se sitúa la galera mediterránea del mallorquín Jacme Ferrer, que exhibe pabellón cuatribarrado ante el Sáhara occidental. Así, ya en el siglo XIV, mientras algunos autores monásticos seguían fantaseando sobre la tierra incógnita, otros, y muy especialmente los cartógrafos, estaban ya describiendo un mundo de perfiles humanos, culturalmente diverso y políticamente organizado.

Claro que los africanos, con algunas actuaciones involuntarias en sus peregrinaciones y viajes al Norte, a veces ayudaron a los desbordamientos de fantasía musulmana y cristiana. Cuando Kanku Muza, con su séquito de 8.000 acompañantes, llega a El Cairo, los pagos generosos que realizan en oro a demanda de los comerciantes egipcios provocó una devaluación de ese metal que iba a durar medio siglo, nos cuenta Al Omarî en 1375. Incluso el diálogo que Kanku Muza establece con el sultán de Egipto induce al error, ya que le cuenta que en su país el oro crece en las hojas de determinadas plantas, y cuando se intentaba convertir al islam a los habitantes de esas regiones, el oro desaparecía mágicamente. Esa abundancia de oro —en parte real, en parte fabulosa— sería la causa directa del ataque que Marruecos lanzaría en 1591 contra el imperio Sonray, heredero de Malí en la sabana sudanesa occidental. Así, cuando Ibn Battuta pasa un año en Niani, la capital de Malí, en 1352, describe un país seguro, jurídicamente bien organizado, musulmán en palacio y en la aristocracia, y con un ejército considerable, aunque

también destaca la ligereza de indumentaria femenina en las casas y su promiscuidad aceptada incluso por los jurisperitos musulmanes del imperio. Esa información y otras muchas del área islámica fueron empleadas en sus portulanos por los cartógrafos catalanes, que en su principal obra de 1375 decían lo siguiente de Kanku Muza: "Este señor negro es llamado Muza Mely, señor de los negros de guinea. Este rey es el más rico y el más noble señor de toda esta región y la abundancia de oro se recoge en toda su tierra.

Cuando, en el imaginario castellano o catalán se empezó a hablar del "Moro Muza", no se hacía referencia alguna a Muza Ibn Nusair, conquistador, tras Tariq, de AlÁndalus, sino del mansa o emperador de Malí, Kanku Muza Keita, o por aclararlo en la traducción de "Muza Keita, hijo de Kanku" (nombre materno). Si Battuta, en esa misma época, describió muy favorablemente los puertos de Mogadiscio y Kilwa —Mombasa le pareció en 1330 un pueblecito— como lugares islamizados y cosmopolitas de África Oriental, fue más prolijo en su análisis del Malí de Mansa Suleymán, hermano y sucesor de Kanku Muza. Y así lo transcribieron los cartógrafos, porque así se popularizó en el Mediterráneo la pujanza económica y política de los negros del sur del Sáhara. No olvidemos que Kanku Muza regresó a Malí como califa para las gentes del oeste africano, y que el arquitecto de muchas de sus obras en Tombuctú y Niani fue un andalusí, conocido por Es Sahelí: el prestigio del emperador negro, el señor del oro de "Guinea", fue inmenso y nos ha quedado en la alusión popular al "Moro Muza". El África medieval pudo ser misteriosa, extravagante y mal conocida, pero en modo alguno despreciada, pues su buena organización política, su activo comercio y su riqueza exportadora impedía cualquier visión de miseria y dolor.

## CAM, CANAÁN Y LA MALDICIÓN BÍBLICA

Este regreso a la Edad Media europea, y a sus paralelismos con la visión musulmana de entonces, prueba que no fue en ese periodo cuando se fraguó la actual imagen del negro en la mentalidad de Occidente. No obstante, sería un error creer que no existía en aquel entonces cierto menosprecio por el africano en algunos aspectos: la

negritud física era asimilada a la fealdad y a veces identificada con la noche y el color diabólico (Devisse) y, en general, la imagen del negro ocupaba un espacio marginal e incluso bárbaro para las poblaciones cristianas del Mediterráneo septentrional. Fue en aquellos siglos cuando la leyenda de San Mauricio —el legionario negro que murió por su fe en Roma— se afianzó, destacando de ese modo la excepcionalidad del negro, aunque también su humanidad perfectamente santificable. Podría suponerse que el negro fue anecdótico y pasajero, a orillas del Mare Nostrum, pero sabemos que no fue así en la más brillante Antigüedad clásica. Urge, pues, buscar en la fase antigua la explicación de los primeros reflejos culturales europeos de un rechazo del negro y sus formas culturales, ya que algunos de esos tics cruzaron los siglos medievales y se fortalecieron con la moderna trata de esclavos hasta culminar en la ideología racista de los últimos 300 años.

Durante el tercer y segundo milenio antes de la era cristiana, Kémit —el País Negro, es decir el Egipto de los griegos— fue la mayor potencia del Mediterráneo oriental, y su arte y costumbres irradiaban incluso en las regiones occidentales a través de fenicios, griegos y cartagineses. Para quienes todavía vean a los RMTW KMT, los Perfectos del País Negro, como sonrosados caucásicos habrá que recordarles que todos, rigurosamente todos los autores grecolatinos hablaron siempre de ellos como negros de pelo crespo y con el raro hábito de la circuncisión (Heródoto, Esquilo, Yámblico, Diodoro, Amiano Marcelino, Luciano de Samosata). Nada podía hacer presagiar que aquellas gentes, constructoras de pirámides y templos de una envergadura que sigue hoy asombrando, llegarían a ser consideradas salvajes, primitivas y próximas a la animalidad. Precisamente porque Champollion no podía aceptar que esas gentes de tez oscura y pelo ensortijado hubiesen podido hacer algo tan memorable, él y sus seguidores —inconscientemente racistas, pese a su aparente tolerancia progresista— decidieron reescribir la historia y considerar que los griegos antiguos eran daltónicos o simplemente que cuando hablaron de negros se referían a morenos o gentes marginales. Hay que retomar los textos griegos y respetar los hechos: los antiguos egipcios eran africanos, es decir negros en toda la amplia gama de la negritud, y como tales fueron vistos

y admirados por los pueblos asiáticos y europeos que les circundaban en el Mediterráneo.

En 1224-1222 a.C., el último faraón de la XIX dinastía egipcia, Merneptah, deshizo la primera gran coalición de lo que dieron en llamar "pueblos del mar", y en su estela conmemorativa se enumera una larga lista de vencidos, muchos de cuyos nombres aparecen por vez primera en los textos egipcios: sárdanos, libios, sículos, aqueos, licios y etruscos, arrastrando consigo a grupos hititas y "falestiw" o futuros palestinos. Egipto retomó el control de sus provincias imperiales y en la estela de piedra mencionada, Merneptah hizo grabar: "Tehenw está devastado; Khati pacificado; Canaán está saqueado; Ascalón desposeído; Gezer tomado; Yenoam aniquilado; Israel desolado y sin semillas para la siembra; Kharw es como una viuda sin donde apoyarse frente a Egipto (KMT). Todos los países están unificados y pacificados" (Moret, 1923). Es la primera mención histórica de un pueblo llamado Israel —"desolado y sin semillas"— que resistiría sorprendentemente a los embates del tiempo, y que los egipcios de aquel momento ni siquiera pudieron sospechar. Ésta es la célebre estela "de Israel", aunque en propiedad fuese la de Merneptah. La potencia imperial egipcia empezaba a debilitarse, pero seguía apareciendo incommensurable, ya que sobrevivió a las convulsiones que hundieron los estados hitita, micénico y que arrastró pueblos hacia Palestina y las costas libicas. Del negro, en el Mediterráneo, sólo había entonces muestras de pujanza y hegemonía.

Ahora bien, Israel era un pueblo pastor que se desarrolló en Egipto durante la dominación de los hicsos asiáticos, tal y como recoge la leyenda de José en el Antiguo Testamento. Cuando abandonaron mayoritariamente el País del Nilo, guiados por el egipcianizado Moisés, eran numerosos y lograron abrirse un espacio en las regiones centrales del río Jordán. La victoria de Merneptah demuestra que los hebreos eran ya una entidad definida en la geopolítica de aquel tiempo. Merece la pena dedicar unas líneas a este hecho, de apariencia banal, puesto que buena parte del estigma del negro procede de esa conflictiva relación hebraico-egipcia, al menos conflictiva desde la posición hebrea. Tras las victorias espectaculares sobre otras cuatro coaliciones de invasores del Delta

por tierra y mar, Ramsés III dejaría en su tumba y templos constancia del peligro que amenazó a Kémit y del número de "razas" o grupos diferenciados que se conocían en la época (líbicos, asiáticos, kushitas y egipcios). Kémit seguía siendo un faro cultural y una potencia militar, aunque internamente debilitada. Y aunque Israel fue generalmente atacada por asirios y babilonios procedentes de Mesopotamia, su gran temor y su mayor rencor fue siempre Egipto: en ese pequeño y tenaz pueblo de los montes cananeos empezó a labrarse la identificación entre negritud y maldad, entre origen negro y maldición divina, entre austeridad ascética y opulencia civilizada egipcia (Iniesta, 1989). Cuando siglos más tarde —hacia el VI a.C.— los redactores hebreos empezaron a escribir el Génesis, el hijo negro de Noé —Cam o KM— asumió la condición de malvado.

No se trata aquí de hacer un proceso desmitificador contra la simbología hebrea, ya que los dirigentes de Judea e Israel se limitaron a situar la rectitud y la depravación de forma mítica, pero nos corresponde indicar qué uso posterior se haría por parte de semitas y europeos de aquella identificación simbólico-moral entre maldad y negritud. Mientras que para un RMT KMT —un egipcio— el negro era el color de Osiris (KM AA, el Gran Negro) o de la misma Isis (KMT, la Negra) y tenía que ver con la tierra fértil en la que se descompone el grano y de la cual renace la vegetación, para los hebreos empezaría a ser en su tradición oral y más tarde escrita la imagen misma del mal encarnado en los humanos. Con ello, el pueblo de Israel corporeizaba su peor periodo de dependencia —al menos en su recuerdo— con la estancia en tierra de negros. No hay que negligir que Cam signifique "caliente" en lenguas semíticas y que, en faraónico, wolof y otras lenguas africanas Kem y Khem signifique "negro" y "carbón" (Diop, 1955; Ansélin); reiteradamente, el Antiguo Testamento alude a Egipto como "País de Cam": "Entonces Israel entró en Egipto, Jacob se estableció en el País de Cam" (Salmo 125: 23).

Por ello, no debe extrañar que cuando Noé maldice a uno de sus hijos, en la persona de su primogénito Canaán, sea Cam el negro u oscuro quien reciba la condena o que Abraham obtenga la promesa de una futura venganza contra el antiguo opresor, Egipto: "Tus descendientes vivirán en tierra extranjera. Allí serán esclavizados durante cuatrocientos años. Pero yo juzgaré a la nación a la que

servirán, y saldrán de ella todos juntos con grandes riquezas" (Génesis 15: 13-14). Si nos atenemos a cómo fue la historia documentada, casi tendríamos cierto temor a un castigo similar, porque lo cierto es que la decadencia egipcia se alargaría en una dura agonía durante todo un milenio hasta su desaparición como pueblo, en lo cultural e incluso en lo físico por mestizajes sucesivos. Pero dejemos a un lado temores y aceptemos la simbología del negro como infracción y maldad, con la desdicha para egipcios y otros posteriores africanos de que el enemigo por excelencia de los hebreos fue justamente el poderoso pueblo negro entre cuyo esplendor el judaísmo tuvo que labrarse una personalidad inconfundible. De todos modos, el mismo Abra, antes de convertirse en Abraham, se unió a Agar, la egipcia, y ahí estuvo la base de su circuncisión, a los 90 años, justo cuando se unió a una egipcia, para la cual sin duda la circuncisión era obligada en un varón adulto; y también David, en sus canciones, saludó la belleza de la mujer negra, y su sucesor Salomón recibió en pie de igualdad a Balkis, la negra reina de Saba, procedente del sur arábigo, hacia el 970 a.C.

Los acontecimientos documentados acompañaron las profecías bíblicas, probablemente porque los redactores del texto estaban ya en un siglo VI a.C. en el que la dinastía kushita había caído ante Asiria y los dinastas líbicos apenas podían contener las tropas babilónicas y persas, ni restablecer la pujanza interna, minada por siglos de desgaste imperial. Kémit, hacia el 600 a.C., era apenas una sombra de lo que fue en épocas anteriores, aunque preservaba un milenario prestigio, como lo prueba el asombro que conmocionó al mundo mediterráneo cuando Asurbanipal saqueó Tebas, en el 661 a.C., la capital egipcia, como ya señalaba Ezequiel (30: 4-5):

*Y vendrá la espada sobre Egipto  
y en Kush habrá angustia  
cuando en Egipto caigan los heridos de muerte,  
y sea saqueada su riqueza  
y destruidos sus fundamentos.  
Kush, Fut, Lud, toda Arabia, Cub  
y los hijos del país de la Alianza  
caerán con ellos a espada [...]*

La derrota de las tropas kushitas del faraón Tanutamón y la destrucción de Tebas resonó con fuerza en todo el Mediterráneo. Kush, “el escudo de Egipto”, no pudo evitar el desastre ante las “gentes del Norte”, como señalaban los escribas del Antiguo Testamento y, tras Asurbanipal, Cambises ocuparía el país y los kushitas deberían desplazar su capital de Napata a Méroe, en la muy meridional sexta catarata. Así, a mediados del primer milenio a.C., el mundo negroafricano perdía prestancia e influencia, mientras el reino kushita se iba encerrando en sí mismo hasta su desaparición hacia el 350 de nuestra era. Poco a poco iría apareciendo la imagen del negro como dependiente, como miembro de una cultura vencida o de una civilización que iba desapareciendo con los últimos sacerdotes capaces de leer la escritura jeroglífica. En un contraste notorio, mientras el erotismo clásico de los frescos egipcios pasaba a ser descrito en las vasijas griegas como sexualidad desmesurada de faunos y negros, y a la par de la idea de una incapacidad negra —egipcia— para mantenerse como país independiente, una elite griega acudía a los templos del Delta y la Tebaida en un intento desesperado por captar los conocimientos de los últimos sabios de un mundo que se disgregaba. Pitágoras pasó años en los templos del Alto Egipto, Solón, Eudoxo y Platón recibieron enseñanzas en los templos deltaicos y, como explicó Yámblico, todos incorporaron allí buena parte de su saber, y muy particularmente el primero de ellos: “Pitágoras adquirió en Egipto la ciencia por la cual se le considera en general como sabio”.

Puede que no dispongamos de información suficiente, pero bien pudiera ser Aristóteles, ya en el siglo IV a.C., uno de los primeros en haber puesto por escrito la idea de la inferioridad militar negra (léase, egipcia), pues como señaló en su pequeño tratado anatómico (*Physiognomica*), las mujeres, al ser excesivamente blancas, y los egipcios y etíopes, al ser demasiado negros, resultan malos para el combate, pues son cobardes. Si consideramos que, desde el siglo VIII a.C., los mercenarios griegos eran la fuerza de elite del faraonato líbico, incapaz ya de proteger a la población autóctona, la idea de nulidad militar egipcia no carecía de fundamento. Esta curiosa comparación aristotélica, de dos extremos deficientes que terminan coincidiendo en sus defectos, merece ser recordada con mayor provecho que la propia obra, al menos para nuestra reflexión sobre las

taras consideradas genuinamente negras: "Los que son demasiado negros son cobardes, y eso se aplica a los egipcios y a los etíopes. Pero los que son excesivamente blancos son igualmente cobardes, ejemplo las mujeres. Pero la complexión que corresponde al coraje se sitúa entre los dos.

Ahora bien, si los hebreos tenían un tremendo complejo histórico ante la potencia cultural y política del Egipto imperial, los griegos clásicos sentían por los vecinos africanos una mezcla de admiración por sus logros y de menosprecio militar. Pitágoras, Platón ahondaron en su búsqueda de sabiduría en el valle del Nilo, pero para los dirigentes políticos helenos el decadente Estado egipcio era un gigante con pies de barro, y la ocupación persa así parecía demostrarlo. Ese sentimiento fue aumentando cuando las tropas macedonias se establecieron en Egipto y con la entronización de una dinastía griega que vivió de espaldas a los habitantes del país y envuelta en conflictos mediterráneos: por lo general, ni faraones ptolemaicos ni soldados griegos hablaban ni una palabra de egipcio. Al caer ese régimen extranjero —más aun que el de los dinastas libicos—, Roma impuso un control férreo sobre el País del Nilo para obtener de él lo único que ya le interesaba: su trigo, para alimentar la capital italiana. Incluso la magnífica biblioteca, en Alejandría, fue una idea extraña a Egipto, ya que, para los RMTW KMT, el conocimiento sólo debía ser accesible a quienes fuesen dignos de ello. Así fue languideciendo la primera gran civilización humana, la de la africana KMT, tras mil años de dinastías extranjeras en cuerpo y alma a lo que fue el mundo faraónico.

A mediados del siglo II de nuestra era, el médico Galeno "profundizó" en la obra de Aristóteles para concluir, reductivamente, que el negro era un individuo "hilarante y penilargo", o dicho de modo más amable, un tipo humano dado a la risa fácil y dotado de un sexo de dimensiones prodigiosas, lo cual venía a coincidir con la idea de simplismo que se había ido forjando acerca de los egipcios sometidos, y a la de una sexualidad casi animal en función de una longitud peneana considerable (que suele guardar relación con los efectos de extirpación juvenil del prepucio). No es de extrañar, pues, que con estos precedentes, reactivados con los fantasmas sexuales de los plantadores blancos en América, se haya llegado a la actualidad

con un lamentable turismo sexual preferente hacia negroafricanos y afroamericanos, ya que, como señalamos, el esclavismo desarrolló la idea de la animalidad esencial del negro, por más que pueda tener un aspecto civilizado y regio.

Paulatinamente, con el triunfo del cristianismo y más tarde del islam, el prejuicio de color contra el linaje de Cam-Kem se extendió por las culturas de un Mediterráneo en el que el negro pasaba a ser un personaje residual en Egipto y anecdótico en otras costas. Y este prejuicio simbólico, de raíces históricas bien conocidas, se fue uniendo al prejuicio de la negritud según los griegos, esa identificación del negro con el extraño absoluto, en lo anatómico y en lo cultural, penilargo e hilarante, como expresó lamentablemente Galeno. Sin embargo, en ese mismo siglo II de la era cristiana tenemos todavía un autor griego —Luciano de Samosata— que en uno de sus *Diálogos* entre dos patricios (*Cuento del aprendiz de mago*) recuerda que el egipcio histórico era negro y podía ser de clase alta y de profundos conocimientos: "Este Pancrates del que hablas —dice Arignoto— es mi maestro, un hombre sagrado, afeitado (de cabeza), vestido de lino, pensativo, que habla griego (pero mal), alto, la nariz aplastada, los labios salidos, las piernas delgadas [...]"

En efecto, Luciano de Samosata estaba describiendo a un negro, que en el Mediterráneo era por lo general un egipcio, incluso en plena decadencia de su civilización, pero ya resultaba claro que para su interlocutor eso ya no era tan evidente, porque asimilaba al negro egipcio con siervos o gentes de baja condición, puesto que la situación política de la época así invitaba a pensarlo. En la baja época de Roma, mientras los cultos egipcios de Isis y Osiris abrían templos en Germania, Galia o Asia Menor, el egipcio era ya un pueblo desdibujado y la negritud empezaba a ser una caricatura de humanidad. La Edad Media no insistiría en esa dirección, porque el provincianismo europeo tuvo sólo contactos esporádicos con la negritud física: buena parte de las tropas almorávides en Al Ándalus eran negros del reino senegalés del Takrur (aliado estratégico y musulmán de los almorávides), y grupos africanos intervinieron activamente en Italia y Francia en los ataques corsarios, cuyo recuerdo sigue en las "cabezas negras" del escudo de Córcega y de otros blasones, pero ambos hechos eran parciales y apenas incidieron en la imagen exótica que de ellos tenían monjes y juglares.

El daño en el pensamiento europeo se gestó en la Antigüedad, se amortiguó durante la provinciana cristiandad medieval y se encontró hasta el exabrupto racista durante un Siglo de las Luces en las que brillaron poco la razón y el respeto. Muchos son los que hoy saben lo que estamos contando, pero eso no significa que nuestro subconsciente se haya desprendido de ese pesado y alargado lastre con el que la historia nos ha ido cargando. Noé sólo maldijo a Canaán, el primogénito que ocupaba las tierras que los hebreos les disputaría. Pero una y otra vez, en los profetas o en otros libros del Antiguo Testamento, el País de Cam aparece maldito, y más allá de él "los países de la Alianza", un mundo de meridionales negros u oscuros como Kush y sus vecinos sudarábigos. La Biblia es un libro sagrado, no una narración histórica, pero incluso aspectos de su simbolismo (Cam, el negro) están preñados de historia, porque ninguna obra escapa a su época ni al influjo de sus vicisitudes.

## A MODO DE EPÍLOGO

El ser humano es un constructor, no necesariamente de palacios y templos, pero sí de símbolos y jerarquías sociales. Personalmente, siempre pensé que el deconstructivismo es una temible acción destructiva de los científicos, capaces de transformar una margarita en un amontonamiento de pétalos y sépalos desintegrados, pero habitualmente incapaces de levantar propuestas o bellos edificios para nuestras vidas o nuestros sueños. Y, no obstante, en cuanto a la imagen que pervive en nosotros del negro, desde la caída de Tebas, y tal vez desde antes, sí me parece que emplearnos febrilmente en deconstruirla pudiera ser una medida positiva. Tal vez, en 2009, haya que demoler pieza a pieza la sinrazón de nuestra imagen animalizada del negro, mientras paralelamente construimos templos y palacios en los que quepan todas las gentes, sin renunciar ni un ápice a sus rasgos culturales. Como cantaba un bohemio músico, en los años setenta (Sisa):

*Bienvenidos, pasad, pasad...*  
*Mi casa es vuestra casa,*  
*si hay quizás casa de alguien...*  
*En cualquier noche puede salir el Sol.*

La negritud es un camino histórico de nuestra especie, con una profusión de vías de riqueza inmensa. Su participación, por derecho propio y de especie humana, es indispensable en el mundo de hoy, pues sin ellos la casa de todos seguirá maltrecha y angustiosamente vacía, exasperada de racionalismos enloquecidos y anhelante de emociones bárbaras que busca afanosamente en playas lejanas. Si Cam no es reintegrado en el linaje del hombre, con toda su intensa humanidad, ni la transformación positiva del mundo será factible ni la raíz de diversidad nutrirá las múltiples posibilidades del espíritu humano: finalmente, Cam es tan sólo un aspecto fascinante de nosotros mismos, jafetitas o semitas, por decirlo en terminología testamentaria. El pasado transformó al negro en un monstruo irreconocible, pero nuestra fealdad e insuficiencia es simétrica a la degradación imaginaria del negro: es tiempo de romper con tres mil años de errores amontonados como estiércol en nuestras dañadas memorias. Más allá del estercolero imaginario, está una África negra que busca reconstruirse, y esa gente del gran Sur merece nuestra rectificación fraterna.

## BIBLIOGRAFÍA

- ANÓNIMO FRANCISCANO (1877): *Libro del conocimiento* [c. 1360], M. Jiménez de la Espada (ed.) en *Boletín de la Soc. Geográfica de Madrid*, II.
- ANTIGUO TESTAMENTO (1975): *Biblia de Jerusalén*, Bilbao.
- ARISTÓTELES (1986): *Physiognomica*, Oxford.
- BATTÛTA, Ibn (1981): *A través del islam* [c. 1332-1355], Madrid: Fanjul y Arbós.
- CAVAZZI DE MONTECUCOLO, Giovanni-Battista (1937): *Descrizione storica dei tre regni de Congo, Matamba e Angola* [c. 1695], Bolonia.
- CÉSAIRE, Aimé (1947): *Cahier d'un retour au pays natal*, París.
- CRESQUES, Abraham y Jafudà (1375): *Atlas Català*, Bibliothèque Nationale de París.
- CUOQ, Jean-Marie (ed.) (1975): *Bilâd al Sudân. Recueil des sources arabes concernant l'Afrique occidentale du VIII au XVI siècles*, París.
- DEFOE, Daniel (1979): *Las aventuras de Robinson Crusoe* [1712], Madrid.
- DEVISSE, Jean y MOLLAT, Michel (1982): *L'image du Noir dans l'art occidentale* II, París.
- DIOP, Cheikh Anta (1955): *Nations Nègres et Culture*, París.
- GOBINEAU, conde Joseph-Arthur (1853-1855): *Traité sur l'inégalité des races humaines*, París.
- HERÓDOTO (1977): *Historias* II, Madrid.
- IDRISI (1966): *Description de l'Afrique et de l'Espagne (Livre de Roger, 1152)*, Leyden.
- INIESTA, Ferran (1989): *Antiguo Egipto. La nación negra*, Barcelona.
- LUCIANO DE SAMOSATA (1990): *Diálogos*, Madrid.
- MANNIX-COWLEY (1968): *La trata negrera*, Madrid.
- MAS'ÛDI (1861-1877): *Les prairies d'or et les mines de pierres précieuses* [c. 950], 9 vols., París.

- MEDEIROS, François de (1985): *L'Occident et l'Afrique (siècles XIII à XV)*. Paris.
- MONTEIL, Charles (1971): *Djenné. Une cité soudanaise (1900)*. Paris: Omari.
- MORET-DAVY (1923): *Des clans aux empires*. Paris.
- PETRARCA, Francesco (1955): *De vita solitaria* [1346], en *Letteratura italiana. Storia e testi* VII. Milán-Nápoles.
- SENGHOR, Léopold Sédar (1974): *Ethiopiennes*. Paris.
- VELHO, Alvaro (1969): *Roteiro da primeira viagem de Vasco da Gama (1497-1499)*, Lisboa.  
[En Castellano: A. Planells: *Meridiano 76. Diario del primer viaje de Vasco de Gama*, Barcelona, 1992.]
- VIGNÉ D'OCTON, Paul (1900): *La gloire du sabre*. Paris.
- ZURARA, Gomes Eanes (1973): *Crónica de Guiné* [1460]. Oporto.